

peones blancos se revolcaba sobre ella, presa de una furiosa pataleta. Alicia quedóse a la expectativa, aguardando los acontecimientos.

—¡Oh, es la voz de mi niña!— exclamó la reina blanca. Y al ir en su auxilio, atropelló al rey y lo hizo caer de bruces sobre los rescoldos apagados—. ¡Mi Lili preciosa! ¡Mi gatita imperial!— prosiguió yendo y viniendo desatinada por entre el guardafuego.

—¡Qué imperial ni qué cuernos!— vociferó el rey, que se frotaba las narices estropeadas con el revolcón.

Casi tenía algún motivo para sentirse ofendido e indignado con la reina. El pobre estaba hecho una lástima y daba pena verlo, cubierto de cenizas desde los pies hasta la cabeza.

Alicia, impaciente por ser útil, pues la pobre Lili hallábase próxima a sufrir un ataque apoplético, levantó a la reina rápidamente y la puso al lado de su escandalosa hijita. La reina, jadeante, desplomóse sentada. Aquel veloz viaje por el aire habíala dejado sin aliento, y por unos minutos no fué capaz de decir una sola palabra, abrazada silenciosa a su Lili. Cuando le hubo vuelto un poquito el resuello empezó a llamar al rey que continuaba sentado sobre las cenizas, con una cara de tres palmos de larga.

—¡Cuidado con el volcán!— gritóle la reina desde arriba de la mesita.

—¿Qué volcán?— preguntó el rey, con los ojos fijos en el fuego, como si aquel lugar fuese el más a propósito para encontrar uno.

—¡Sube aquí... conmigo!— prosiguió la reina, aun algo sobresaltada por el viajecito—. ¡Pero sube bien; no como un globo!

Alicia observaba al rey blanco, que con mucha lentitud esforzabase, barra tras barra, en ir ascendiendo.

—De este modo— le dijo horas antes de que consiguiera que te ayude, ¿no te pareció?

Pero el rey no pareció darse cuenta. Era evidente que no la oía. Lo agarró con mucha delicadeza, tándolo con menos velocidad que la reina. Mientras lo trasladaba, procuró reunirlo con su real familiar, quitín.

Cuando después Alicia se aseguró que en su vida no volvería a ver como la que puso el rey a caer, y sentir que alguien le mirara con un perplejo, tan desconcertado como él, se rió y rió gritar. Pero sus ojos se redondearon de tal manera que Alicia casi lo deja caer de lo que le temblaba la mano, por la risa que su cara le produjo.

—¡Por favor, querido, no me hagas esas muecas!— exclamó, olvidándose en absoluto de que no la oía—. ¡Me hiciste reír tanto que casi te suelto! ¡Y no abras tanto la boca! ¡Vas a pescar